

ESTÁ ESCRITO

Dios puede iluminar tu corazón



¿Es Dios un ser lejano para ti, o puedes tener la seguridad de su presencia ahora? ¿Será que es posible gozar de un compañerismo con Cristo aún en momentos de desánimo? Esta obra te hará comprender la gloria que fluye del trono de Dios y que alcanza a cada uno de sus hijos. Verás cómo Dios es capaz de iluminar tu corazón despejando las tinieblas de la duda e incertidumbre para traerte una luz de esperanza.



El pastor Robert Costa es orador y director del programa de televisión *Está Escrito*. Semanalmente comparte la Palabra de Dios con millones de personas alrededor del mundo a través de la pantalla. Para encontrar tu programa local de *Está Escrito*, o para mirar el programa en la página web, visita **www.estaescrito.tv**



ESTÁ ESCRITO

ESTA ESCRITO

UNA *Libro* DE
ESPERANZA



ROBERT COSTA

UNA *Luz* DE
ESPERANZA

POR
ROBERT COSTA



ESTÁ ESCRITO
TELEVISIÓN INTERNACIONAL

y Pacific Press Publishing Association

Diseño de Diagramación, Guillermo Pimentel
Diseño de Portada, Fred Knopper
Edición, Nancy Costa

Derechos reservados © 2007 Está Escrito
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso
Copias adicionales están disponibles llamando al 1-888-664-5573
o visitando www.estaescrito.tv

A menos que se indique lo contrario todos los textos bíblicos son
citados de la versión Reina Valera Revisada 1960. Derechos reservados
American Bible Society.

Printed in the United States of America
Impreso por Pacific Press Publishing Association,
Nampa, Idaho / Oshawa, Ontario, Canada
www.pacificpress.com

Primera edición: 2007

ISBN
ISBN

CONTENIDO

Introducción	5
El planeta Tierra: Teatro del universo	7
<i>La verdadera guerra de las galaxias</i>	
Una luz de esperanza.....	24
<i>Estableciendo contacto con el Infinito</i>	
El fascinante secreto de la montaña	36
<i>El único camino que conduce a Dios</i>	
Amor sin límites	48
<i>Dios siempre tiene la solución</i>	
Promesas de vida.....	56
<i>Mensajes de esperanza de la Palabra de Dios</i>	

*“Tendrás confianza, porque hay esperanza;
mirarás alrededor, y dormirás seguro”.*

Job 11:18

*“Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien;
he puesto en Jehová el Señor mi esperanza,
para contar todas tus obras”.*

Salmos 73:28

*“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y
paz en el creer, para que abundéis en esperanza
por el poder del Espíritu Santo”.*

Romanos 15:13

INTRODUCCIÓN

¿Te has sentido alguna vez abandonado por tus mejores amigos? En las pruebas de la vida, ¿has sentido que Dios se ha olvidado de ti? ¿Será que Dios es un ser lejano y austero, o será que es posible gozar de un compañerismo con Cristo, aún en momentos de desánimo?

Es mi deseo que la lectura de las páginas de este libro te devuelvan la confianza en el infinito amor de Dios, y que puedas tener una vislumbre de la gloria que fluye del trono de Dios, alcanzando a cada uno de sus hijos.

A través de ejemplos prácticos podrás ver cómo hacer de tu comunicación con Dios algo real, y cómo llegar a depender más y más de la sabiduría divina, obteniendo así la seguridad del amor y la protección de Dios.

En el capítulo Promesas de Vida podrás encontrar una variedad de promesas bíblicas para diferentes circunstancias de la vida, las cuales, reclamadas por fe, se transformarán en un ancla de seguridad en momentos difíciles.

Mantener una relación personal con Cristo no es una opción, sino el fundamento de una vida cristiana exitosa. El deseo de Dios es que seamos felices y gocemos de la vida en su plenitud. Pero recuerda, felicidad comienza con fe. Y la fe viene por el oír y estudiar la Palabra de Dios, para así llegar a conocer verdaderamente a Jesús.

Es mi anhelo que este libro no solamente fortalezca tu deseo de estudiar la Biblia, sino que revolucione tu experiencia espiritual. Tú eres lo más importante para Dios, y él quiere obrar algo muy especial en tu vida, trayéndote una luz de esperanza.



El planeta Tierra: teatro del universo

La verdadera guerra de las galaxias

¿Te has preguntado alguna vez cuál podría ser el propósito de tu vida? ¿Por qué viniste a la existencia en este pequeño e insignificante planeta? ¿Y qué ocurriría si nuestro minúsculo mundo se saliese de su órbita y se perdiese en el espacio infinito? ¿Lo notaría alguien?

¿Será que los acontecimientos más trascendentales de nuestro planeta son un asunto trivial para el resto del universo? ¿O es acaso nuestro planeta el centro de un conflicto que se acelera hacia su consumación, y que mantiene en suspenso a todo el universo que espera ansioso el resultado final?

En este capítulo consideraremos la fascinante historia del drama de los siglos que aún se está desarrollando. Veremos algo asombroso en la controversia que por siglos ha estado en progreso entre el bien y el mal, entre Cristo

y Satanás. Se trata de una narración basada en la historia que nos cuenta el Libro de los libros.

Por incontables siglos no hubo ni una nota discordante en el vasto universo de Dios. Ningún corazón quebrantado, ninguna lágrima. Los amigos nunca se decían adiós. No había sueños destruidos. El descontento no existía. Nadie se sentía aburrido. Nadie decía, “estoy cansado”, o “estoy enfermo”, o “siento temor”.

Pero entonces sobrevino una tragedia, una tragedia que atacó directamente al gobierno de Dios, y por extensión, también nos atacó a ti y a mí. Sucedió así:

El más excelso de todos los ángeles, el que desempeñaba sus funciones más cerca del trono de Dios, en el mismo trono, se llamaba Lucifer. Este ángel resplandeciente, como ocurrió con todos los seres creados, surgió perfecto de la mano del Creador, sin ninguna falla; y dotado también, como todo súbdito del reino, con la capacidad de elegir. Dios nunca quiso seres programados solamente para obedecer como autómatas, sino seres dotados de libre albedrío, con la capacidad de brindar un servicio de amor, y les concedió esa facultad aún a riesgo de ser rechazado. Sería como un niño que escogiera tener un perrito vivo en lugar de un juguete mecánico con la forma de un perro, aún sabiendo que muy posiblemente el perrito ensuciaría la casa y dañaría los muebles. Así también Dios prefirió la compañía de seres libres, con la capacidad de elegir con libertad.

La vida de Lucifer había sido larga y feliz, porque había sido especialmente favorecido y dotado por su Creador. Pero llegó el día cuando comenzó a contemplarse a sí mismo, y lo que contempló le gustó. Poco a poco llegó a albergar el deseo de ensalzarse. “Se enaltecí tu corazón a causa de su hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de

tu esplendor” (Ezequiel 28:17). Y comenzó a preguntarse por qué se brindaba mayor honra al Hijo de Dios que a él. Había oído que el Hijo de Dios y su Padre iban a crear otro mundo, con seres que habrían de reflejar la imagen de Dios. En su mente surgieron nuevas preguntas: ¿Por qué no le habían consultado a él? ¿Por qué debía ser el Hijo de Dios el creador de ese nuevo mundo? ¿Por qué no él?

Llegó al punto de atreverse a criticar a Dios, su gobierno, y su ley. Al fin de cuentas ¿por qué necesitaban ley los ángeles perfectos? ¿No sería que Dios estaba siendo demasiado exigente?

Si él pudiera llegar a ser Dios, las cosas serían diferentes. Para empezar no habría ninguna ley. Los ángeles tendrían plena libertad de elección y acción, porque siendo perfectos y santos era imposible que erraran.

Lucifer comenzó entonces a difundir su descontento entre los ángeles. Al principio lo hizo con mucha cautela, pero luego en forma abierta y osada.

No obstante, el Padre y el Hijo no modificaron sus planes. Y así, cierto día, viajando por el deslumbrante corredor sideral, llegaron al sitio elegido, casi sobre el borde de una galaxia distante, a un lugar donde todavía no había ningún mundo desplazándose por su órbita. Una vez allí, en ese sitio de densas tinieblas, el Hijo de Dios ordenó, “¡Sea la luz!”; y fue la luz. Ese fue el comienzo del planeta Tierra, y fue también el comienzo del tiempo, la hora cero.

Seis días estuvieron dedicados a adornar el planeta con altos árboles, hermosas flores y pacíficos animales; con pájaros que surcaban el aire y peces que nadaban en las corrientes de agua. Ya cerca del caer de la tarde del sexto día, la obra de Creación estaba llegando a su fin. Pero faltaba algo. El Hijo de Dios, inclinándose hacia el suelo,

formó al hombre del polvo de la tierra del planeta. Y fue entonces cuando ocurrió lo realmente asombroso: sopló sobre el rostro del hombre el aliento de vida, y así tuvo su origen el primer hombre. Adán se levantó, perfecto, hermoso, y por primera vez contempló el rostro de su Creador. Algunos han sugerido que el Creador sonrió, y le dijo “Hola, Adán”.

Pero no terminaron allí los hechos asombrosos de ese día, Adán necesitaba de una compañera idónea. Dios indujo un sueño profundo en Adán, y cuando éste despertó fue su turno de decir, “¡Hola!”. Juntos, la feliz pareja observó la hermosa puesta de sol que marcó el comienzo del primer sábado sobre el planeta. Su felicidad no conoció límites.

La Biblia nos dice que Dios descansó durante ese primer día séptimo; y eso nos lleva a preguntarnos, ¿Cómo pudieron descansar el Padre y el Hijo sabiendo que las cosas no andaban bien en el universo? ¿Cómo pudieron descansar sabiendo que se corría el riesgo de que la rebelión llegara hasta el planeta recién creado? Pudieron descansar porque el Hijo de Dios sabía lo que habría de hacer si el hombre llegaba a pecar. El Calvario, previsto desde la eternidad, yacía escondido en su corazón.

Llegó el momento cuando la rebelión de Lucifer se transformó en una revuelta abierta, y hubo guerra en el cielo. Por el bien de todo el universo, Lucifer y los ángeles que simpatizaban con él, un tercio de todos ellos, fueron desterrados de su alta posición, de su hermoso hogar celestial. Y, sí hubo un gran vacío en el cielo, y también en el corazón de Dios, que lo apenó al punto de derramar lágrimas por el ángel rebelde.

A todo esto surge una pregunta, ¿Por qué no destruyó Dios a los rebeldes? ¿Acaso no anticipaba el daño que

causarían si se les permitía continuar viviendo? Sí, Dios lo sabía, pero los ángeles leales no lo comprendían, los habitantes de otros mundos no lo percibían tampoco. Debía permitirse que el pecado siguiera su curso y que se desarrollara, para que quedara demostrado cuán horrible y mortífero es. Sólo así llegaría a comprender el universo su extrema malignidad.

Lucifer, ahora llamado Satanás, fue arrojado del cielo, y después de intentar infructuosamente la alianza de los otros mundos, triunfó en su maligno intento en este planeta recién creado. Y sus ángeles, ahora tornados en demonios, juntamente con su jefe, hicieron de este planeta su habitación. Ése fue el momento cuando el planeta Tierra se convirtió en el teatro del universo, porque sobre este escenario habría de llevarse adelante, hasta su misma conclusión, la controversia entre el bien y el mal, entre Dios y Satanás,.

Satanás se propuso hacer de este mundo la sede de su rebelión. Sin embargo, no se le permitió recorrerlo libremente. Fue confinado a los alrededores de un sólo árbol, el árbol que les había sido prohibido a Adán y Eva. Únicamente si se acercaban al árbol prohibido el tentador podría tener acceso a ellos.

A Adán y Eva se les advirtió acerca de la presencia de este ángel caído. Se les aseguró que no había razón para temer, a menos que desconfiaran de Dios y le desobedeciesen. La desobediencia los separaría de Dios y el resultado sería la muerte. Por otro lado, su obediencia probaría su lealtad a su Creador. Sería entonces, triunfantes de la prueba, cuando podrían ser hecho inmortales, es decir, no sujetos al envejecimiento y la muerte.

Conocemos la historia. Distraídamente Eva se acercó al árbol. Para su asombro escuchó hablar a la serpiente.

Escuchó sus palabras, y mientras dudaba de Dios, creía en lo que decía la serpiente. Eso la llevó a comer del fruto. Habiéndolo hecho, llenó sus manos del fruto prohibido y se lo llevó a su esposo. Adán comprendió de inmediato lo que ella había hecho. Él sabía que ahora ella debía morir. Pero, en su desesperación, ante la insufrible idea de perderla decidió morir con ella, y también comió del fruto. Y ahora este planeta era no solamente el teatro del universo sino el teatro del drama de la muerte, porque ahora la muerte se había transformado en el destino de todos los hombres.

Fue entonces, apenas se introdujo el pecado en este mundo, cuando hubo también un Salvador. Allí en el Edén, antes de que Adán y Eva fueran desterrados de su hogar, escucharon la primera promesa acerca de un Salvador. Satanás también la escuchó, y quedó pensando en su significado. Hasta ese momento él había estado seguro de que Dios abandonaría a la pareja a su suerte, seguro de que el Hijo de Dios no intervendría personalmente en la salvación de los pecadores. ¡Pero ahora oyó algo totalmente diferente, y ese anuncio que escuchó lo hizo temblar.

La muerte no tardó en hacer su aparición. Un animal inocente debió ser sacrificado para vestir con su piel a la pareja desnuda. Por su acto de rebelión al comer del fruto, perdieron ese hermoso manto de luz que los había cubierto previamente. Y ahora Adán, siguiendo la instrucción de Dios, debió ofrecer un inocente cordero como sacrificio, un símbolo y recordativo de que el inocente Cordero de Dios algún día habría de morir en su lugar.

Adán y Eva derramaron lágrimas cuando vieron cómo se desprendía y caía de los árboles la primera hoja seca, y cómo se marchitaba la primera flor. Lloraron, como lloramos hoy por la muerte de un ser amado. La muerte

es un intruso. La muerte no se había conocido antes en nuestro planeta.

Cuando nació su primer hijo, Caín, Eva albergó la esperanza de que él pudiera ser el Salvador prometido. Pero ese hijo creció, y cuando asesinó a su propio hermano, Abel, se transformó en el primer asesino del mundo. El dolor que sintieron sus padres sobrepasó en mucho toda posibilidad de descripción. Y su propia culpa, siempre presente, se volvió aún más intolerable.

Transcurrió el tiempo. Pasaron 1.500 años. Para ese entonces Satanás había logrado el control casi completo de toda la raza humana. Y Dios, no por satisfacer algún deseo de venganza, sino por misericordia, se vio en la necesidad de destruir a toda criatura viviente, con la excepción de Noé y su familia.

Pero nadie hubiera tenido por qué morir, porque Noé bajo la dirección de Dios construyó un barco enorme, y ya terminado extendió una última invitación a todo hombre, mujer y niño a escapar del diluvio que se aproximaba. Pero la advertencia cayó en oídos sordos y fue ridiculizada. Era imposible que lloviera, afirmaban los expertos, y parecía respaldar la aseveración de ellos el hecho de que hasta entonces nunca había llovido. Llegó el día cuando Noé y su familia entraron al arca. Con verdadero asombro, la gente vio cómo animales de cada especie, en forma ordenada, guiados por ángeles invisibles, se iban acercando al arca. Las aves entraron volando. Ya todos dentro, Noé y su familia y los animales, un relámpago enceguecedor descendió del cielo, y Dios mismo cerró la pesada puerta del arca.

Aún entonces, los hombres siguieron burlándose. Pasaron siete días, y entonces en una mañana soleada, comenzaron a aparecer nubes, el cielo se tornó oscuro, y de repente comenzó a llover. Se escuchó el estampido

de los truenos. El agua caía del cielo y al mismo tiempo brotaba de la tierra. Grandes peñascos eran arrojados a cientos de metros de altura en el aire, y los relámpagos rasgaban el firmamento. Satanás mismo, obligado a permanecer entre los elementos revueltos, llegó a temer por su propia existencia.

No, no fue una tormenta común. Era la furia de mil huracanes. Agua y viento, terremoto y manifestaciones volcánicas, todo añadía al terror general. El planeta todo estaba siendo convulsionado, sacudiéndose y temblando.

La gente aterrorizada golpeaba la puerta del gran barco rogando ser admitidos. Tarde, demasiado tarde. Corrieron entonces a los lugares más elevados. Ataron a sus niños al lomo de animales que con toda seguridad treparían a las cumbres más elevadas, pero todas las montañas, aún las más elevadas, se fueron cubriendo por las aguas revueltas, y la gente, mientras clamaba aterrada, finalmente fue cubierta por esas oscuras aguas, mientras anhelaba de todo corazón poder oír una invitación más de los labios de Noé.

La gran arca, protegida por santos ángeles, navegaba con seguridad en medio del pavoroso diluvio. Finalmente cesó la lluvia, y aunque el oleaje era muy violento, lentamente las aguas comenzaron a bajar. Sin embargo, llevó siglos antes de que el planeta se estabilizara. A más de cuatro mil años de esa tremenda catástrofe global, todavía pueden verse las cicatrices que dejó en la tierra.

La población del planeta se fue incrementando con el paso de los siglos, pero la rebelión no tardó mucho en volver a surgir. En un desafío abierto a Dios y a sus promesas, los hombres comenzaron a levantar una torre, la Torre de Babel, con la pretensión de que de esta manera podrían escapar de algún juicio futuro de Dios. Entonces Dios intervino. Les confundió las lenguas, y los hombres se

esparcieron por la tierra.

Satanás continuó con su obra de muerte y destrucción. Dios también siguió trabajando, y llamó a un hombre, Abraham, para que fuera el progenitor de un pueblo que Dios quería transformar en una luz para las naciones. En forma milagrosa Dios le dio un hijo, que se transformó en el gran gozo de todo el campamento del patriarca.

Sin embargo, Abraham no estaba preparado para lo que siguió: Un día Dios le pidió que ofreciera en sacrificio a ese hijo llamado Isaac, el hijo de la promesa, el hijo del milagro. Y llegó el momento, cuando en cumplimiento de la orden divina, Abraham levantó el cuchillo sobre su hijo, pero no llegó a descargarlo. Un ángel le detuvo la mano. Abraham había emergido triunfante de esa terrible prueba.

Un carnero, enredado providencialmente en un zarzal, fue ofrecido en sacrificio en lugar de Isaac. Todo esto fue un impactante símbolo de ese Cordero de Dios que algún día habría de ser sacrificado en lugar del pecador. Abraham pudo comprender algo de lo que iba a costar a Dios dar a su único Hijo por la raza culpable.

Ahora entró en escena Jacob, el hijo de Isaac; y luego le tocó a José, su hijo favorito, quien fue vendido por sus celosos hermanos a una caravana de beduinos, que lo llevó a Egipto. Pero allí, después de vivir circunstancias extremadamente difíciles, Dios lo usó como su instrumento para advertir acerca de una severa escasez de alimentos que se aproximaba, y el Faraón, agradecido, lo nombró como su primer ministro. José, no sólo salvó a la población de Egipto, sino también a su familia. Otra serie de circunstancias realmente emotivas resultaron en la mudanza de Jacob y su familia a Egipto, donde el hijo que el patriarca consideraba muerto por muchos años ya,

les proveyó el sustento durante esos angustiosos años de sequía y hambre.

Murió Jacob, y murió José. Murió también el Faraón que conocía a José. La familia de Jacob, ahora muy numerosa, fue esclavizada en Egipto. Pasaron los años, y a través de un hombre llamado Moisés, Dios envió terribles juicios, cada vez más severos sobre el país del Nilo. El último de estos juicios afectó a todos los primogénitos de Egipto, quienes, en una sola noche murieron súbitamente. Los hebreos escaparon de esa muerte, porque obedecieron la instrucción divina de pintar con sangre el dintel de las puertas de sus casas—con ese acto demostraron su fe en el Cordero de Dios, el único que podía salvarlos.

Cuando la muerte llegó al palacio, ese Faraón de corazón endurecido permitió que el pueblo partiera. Sin embargo, pronto se arrepintió de haberlo hecho y decidió perseguirlos. En esta emergencia Dios intervino abriendo las aguas del Mar Rojo y haciendo posible el milagro de que su pueblo pudiera atravesar ese gran obstáculo.

Ya habían transcurrido 2.500 años desde la rebelión de Adán. Las instrucciones y los requerimientos de Dios habían sido transmitidos oralmente de generación en generación. Pero ahora, a fin de que no fueran olvidados, llegó el tiempo en que la ley de Dios para todos los hombres debía ser puesta por escrito. Y fue Dios, descendiendo sobre el Sinaí, quien escribió con su propio dedo su ley, los Diez Mandamientos sobre dos planchas de piedra.

Cuando Moisés descendió de la montaña con las dos tablas de piedra, se encontró con la enorme sorpresa de que ya el pueblo se había olvidado de Dios. ¡Estaban adorando un becerro de oro! Moisés, en su desesperación y consternación, arrojó las tablas al suelo, fragmentándolas en pedazos. Dios le ordenó ahora, que él preparara otras

dos tablas de piedra; y sobre las mismas Dios, con su dedo, volvió a escribir su ley.

Es de hacer notar que, antes de dar su ley, Dios ya había revelado el Evangelio a la humanidad. La ley habría de mostrar a los hombres sus pecados, pero sólo en el Cordero de Dios podrían encontrar perdón. Allí, en el vasto escenario del Sinaí, se le ordenó al pueblo que construyera un santuario. En ese santuario, día tras día, mediante el sacrificio de inocentes corderos, los pecadores arrepentidos habrían de recordar que algún día sus pecados habrían de costarle la vida al inocente Cordero de Dios. Sí, hubo una ley en la montaña, pero una cruz en el valle.

El pueblo tenía buenas intenciones, pero escaseaba la fe y abundaban las quejas. La mayoría de sus integrantes nunca llegó a la tierra prometida. Fue Josué el encargado de conducir a una nueva generación a cruzar el río Jordán y entrar en Palestina, la tierra que Dios les había prometido. Después de la muerte de Josué comenzó el largo y complicado período de los jueces. Pensando en que las cosas podrían resultar mejores, el pueblo exigió un rey. Querían ser como sus vecinos paganos. Y así tuvieron como reyes a Saúl, David y Salomón.

Los siglos fueron transcurriendo, y la historia se repitió vez tras vez: Satanás, incitando al pueblo a la rebelión, y Dios, llamándolo al arrepentimiento y regreso. Vez tras vez se arrepintieron sinceramente; pero también vez tras vez el pueblo se desvió detrás de otros dioses.

Cuando el mundo había alcanzado su hora más oscura fue cuando aconteció Belén. El amor estaba casi extinto, y la esperanza se había desaparecido con él. Los seres humanos, en lúgubre procesión, marchaban inexorablemente hacia la tumba, sin esperanza alguna en el más allá.

Satanás vio también esa luz brillante sobre las colinas de Belén, y escuchó asombrado el anuncio del ángel. Se dio cuenta de que el Hijo de Dios había bajado a este planeta para desafiar su reinado. Y supo que, a menos que pudiera disuadir a Jesús de salvar a los hombres, su reinado estaba condenado a su extinción.

Fue cuando contaba doce años, que Jesús visitó por primera vez el magnífico templo de Jerusalén. Quedó fascinado al observar a los sacerdotes cuando colocaban un cordero inocente sobre el altar. Se dio cuenta que todo lo que veía estaba conectado directamente con su propia vida. Vio también que hacía falta algo en el servicio. La sangre de los animales no podía quitar el pecado. Debía ofrecerse un sacrificio mejor. Y entonces comprendió. Comprendió para qué había venido al mundo. Él, él mismo, era ese Cordero.

Así fue como emprendió la senda hacia el Calvario. Y nada lo distrajo de su misión, a pesar de que Satanás lo acosaba a cada paso. Cuando después de su bautismo Jesús fue al desierto a meditar y orar, Satanás creyó que había llegado su oportunidad. Jesús había adoptado la débil naturaleza humana. Estaba ahora solo, cansado, débil y desesperadamente hambriento. La derrota en esas circunstancias iba a resultar fácil. Pero al advertir Satanás que no tenía éxito, dejó de lado su disfraz e intentó negociar con Jesús. “Adórame sólo esta vez, adórame un poquito y yo me daré por vencido y me retiraré del conflicto. Con eso todo habrá terminado”. Pero fue Satanás quien tuvo que retirarse humillado. Había fracasado.

En su ministerio de compasión Jesús iba de aldea en aldea, de valle a montaña, amando, ayudando, y sanando, mostrando a la gente cómo es Dios. Y así se introdujo, donde antes no la había, una nueva dimensión de esperanza.

Ahora el conflicto se estaba acercando rápidamente a su culminación, hacia el terrible desenlace para el cual Jesús había venido al mundo.

Y así llegó esa noche cruel, esa farsa de juicio, los escupitajos, las maldiciones y la negación de uno de sus propios discípulos, Pedro. Jesús fue enviado a Pilato, a Herodes, y otra vez a Pilato. “Ningún delito hallo en este hombre”, dijo Pilato, pero el pueblo, instigado por Satanás mismo, gritó, “¡Crucifícale, crucifícale!”

Y entonces lo crucificaron. Lo contemplamos, clavado a esa cruel cruz, con hombres que se burlaban de él, instándolo a descender de la cruz, si es que le era posible hacerlo. Y, él podía hacerlo. Fácilmente podría haber llamado a diez mil ángeles a su lado, para que lo librasen a la vista de todos sus enemigos y lo llevaran al cielo. Jesús podría haber abandonado al hombre para que muriese por sus propios pecados. Pero no, no lo hizo. Permaneció allí, en la cruz, soportándolo todo. Permitted que su Padre removiese toda evidencia de su presencia, hasta que su vida fuera quebrantada por el peso de los pecados de todos, pecados que no eran suyos, sino mis pecados y tus pecados. Y murió solo, abandonado, contando solamente con la oración de un ladrón moribundo para alentarlo. Soportó todo porque él era el Cordero.

Satanás había sido el instigador de todo ese viciado proceso. Pero cuando Jesús murió, el terror se apoderó de él. Satanás no quería ver morir a Jesús. Estaba seguro de que si tan sólo lograba que su sufrimiento fuera cruel e insoportable, seguramente Jesús abandonaría su plan de rescatar al hombre.

Pero Jesús no retrocedió. Satanás le había quitado la vida. Y ahora comprendió que ya no quedaba ningún vestigio de simpatía hacia él en el universo. Porque el cielo

todo y los mundos no contaminados por el pecado habían estado contemplándolo todo.

A Satanás solamente le quedaba ahora una oportunidad más. Si tan sólo podía mantener a Jesús en la tumba, si podía impedir que resucitara, su victoria estaría asegurada.

Pero ni montañas sobre montañas acumuladas sobre su tumba podían impedir que Jesús resucitara. Cuando el ángel Gabriel vino a llamarlo a la vida, la tierra tembló ante su llegada, y Satanás y todos sus demonios debieron huir en confusión. Jesús salió de esa tumba y la tumba quedó vacía. Y porque él vive, nosotros también podemos vivir.

Algunas semanas más tarde, mientras Jesús estaba hablando con sus discípulos, repentinamente ellos observaron que sus pies dejaban el suelo. Llevado por una nube de ángeles, él regresó al Padre. No obstante, dos ángeles de la comitiva celestial regresaron para asegurarles a los discípulos, como a nosotros hoy, que él vendrá otra vez.

¿Se dio Satanás vencido en el conflicto? ¡Nada de eso! Ahora volvió sus dardos contra la iglesia. Luego de la muerte de los apóstoles, fue él quien orquestó el compromiso del cristianismo con el paganismo. Sin embargo, Dios siempre tuvo un núcleo de fieles seguidores.

Durante 1.260 años, debieron esconderse en lugares apartados por causa de las feroces persecuciones lanzadas contra ellos, obligados a adorar a Dios en los lugares más remotos de la tierra.

Durante la Edad Oscura, la Edad Media, las Escrituras no eran accesibles. Las verdades bíblicas quedaron ocultas. Pero llegó el tiempo cuando amaneció un nuevo día. Martín Lutero y otros reformadores subieron al escenario de la acción. Y también las imprentas. Una verdad tras otra fue traída nuevamente a la luz. El verdadero pueblo de Dios, habiendo emergido de ese largo aislamiento, todavía

se mantiene fiel a Dios. Lo vemos predicando el Evangelio, llevando la última invitación de Dios a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

Y Satanás sigue enfurecido, porque ellos aún hoy guardan los mandamientos de Dios, aún hoy, imitan la fidelidad de Jesús.

Conducidos por el faro de la luz profética que emana de la Biblia, avanzamos hacia el futuro. No, no queda mucho tiempo. Casi todas las señales del regreso de Jesús ya se han cumplido. Satanás está airado porque sabe que le queda poco tiempo. Simultáneamente el espiritismo se está esparciendo como un fuego en el rastrojo. Casi podemos decir que estamos sintiendo el frío aire del Armagedón. Los movimientos finales serán rápidos.

Entre tanto, los ángeles están reteniendo los vientos de guerra y discordia, impidiendo que soplen en toda su fuerza, hasta tanto cada hombre y mujer pueda comprender la verdad del gran conflicto y se decidan por Cristo o por Satanás. Será entonces cuando el mundo se verá inmerso en el gran conflicto final.

En el evento culminante de su engaño, Satanás personificará a Cristo. Se parecerá a Cristo. Hablará como Cristo. Enseñará y sanará como lo hacía Cristo. Casi todo el mundo se postrará ante él y le adorará. Durante unas pocas horas fugaces él recibirá la adoración que tanto ha estado buscando.

El mundo estará en caos. El pueblo de Dios será acusado como responsable de los desastres y las destrucciones que estarán asolando el planeta. Serán condenados a muerte. Parecerá que Dios los ha abandonado.

Entonces, a media noche, es cuando sucede algo sencillamente espectacular. Repentinamente sale el sol brillando con la luz del medio día. La naturaleza parece

desquiciada. Los ríos dejan de correr. Nubes negras y densas chocan las unas contra las otras. Entonces se deja oír la voz de Dios proclamando “¡Consumado es!” Se produce un tremendo terremoto. Se oye el rugido del huracán, semejante a la voz de demonios en misión de destrucción. Su hunden cadenas montañosas. Desaparecen islas enteras. Se derrumban las ciudades. Y los relámpagos envuelven a la tierra como en un manto de fuego.

Las nubes se enrollan, como aquellos papiros de la antigüedad, y una mano aparece en el cielo sosteniendo dos tablas de piedra; y allí, contra el telón del cielo, sobre esas dos tablas aparecen los Diez Mandamientos de Dios, grabados como con letras de fuego.

En el este, a gran distancia al comienzo, aparece una pequeña nube negra. A medida que se acerca a la tierra se hace cada vez más gloriosa, mostrando al Hijo de Dios, sentado como Conquistador sobre una nube de ángeles. Por encima del rugido de los elementos convulsionados alcanza a escucharse el lamento de los perdidos. No pueden contemplar el rostro de Aquel a quien rechazaron. Claman a las rocas y a las montañas para que caigan sobre ellos, para esconderlos así de la gloria del que viene.

Pero no ocurre lo mismo con los fieles hijos de Dios, quienes por tanto tiempo estuvieron esperando este glorioso momento. De sus labios irrumpe un grito de gozo: “He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará. . .”

Nuestro amante Padre celestial, nos sentimos profundamente agradecidos por esta conmovedora visión panorámica del gran conflicto entre Cristo y Satanás y por su gloriosa conclusión. Sólo nos resta orar, Señor, prepara nuestras almas para aquel gran día. Lávanos en tu preciosa sangre que quita todo pecado. En el nombre de Jesús. Amén.



Una luz de esperanza

Estableciendo contacto con el Infinito

El tan esperado mensaje llegó apenas como un débil susurro. La señal que lo transportó, de una potencia de tan sólo diez millonésimas de kilovatio, debió atravesar todo nuestro vasto sistema solar recorriendo los casi cinco mil millones de kilómetros que mediaban entre su fuente de origen y nuestro planeta. Tan débil era que fueron necesarias 38 enormes antenas de radio para que los cuatro continentes escucharan el mensaje.

Con indescriptible asombro el mundo pudo observar cómo el vehículo espacial Voyager II calmamente transmitía los detalles correspondientes a la descripción de ese maravilloso cuerpo celeste llamado Neptuno, el octavo de la familia de planetas del sistema solar. El mensaje llegó desde muy lejos, desde el borde mismo de nuestro sistema solar, de ese límite más allá del cual se extiende la enorme vastedad del espacio infinito, ese grandioso plus ultra estelar. Pero, ¿cuál fue el mensaje que envió el Voyager II

a nuestro solitario planeta? ¿Dijo algo más de lo que los científicos ya esperaban?

El estudio que la astronomía hace del espacio es realmente fascinante. Por esta razón fueron muchos los que siguieron con profundo interés y gran entusiasmo las alternativas del histórico viaje del Voyager II. Un recorrido de más de seis mil millones de kilómetros por el espacio en una ruta que le permitió observar de cerca cuatro de los planetas externos de nuestro sistema solar: Júpiter, Saturno, Urano, y por último, esa hermosa esfera azul casi al borde del sistema solar, Neptuno. Esa alineación planetaria no volvería a darse hasta 176 años más tarde. Era una oportunidad demasiado buena como para pasarla por alto.

¡Y qué viaje fue ese! Excedió en mucho las mayores expectativas de los más destacados científicos. El Voyager II envió más de 5 billones de unidades de datos, suficientes como para llenar 6.000 colecciones de la Enciclopedia Británica. ¡Todo un alud de nueva información! No sin razón, algunos de los maravillados científicos, se quejaron humorísticamente que cualquier intento que pudiera hacerse para absorber todo ese caudal informativo sería algo así como tratar de beber un sorbo de agua de la manguera de un camión de bomberos.

A más de 20 años desde su lanzamiento, el Voyager II continúa introduciéndose, más y más, en el vasto espacio interestelar, pero lo hace silenciosamente, porque sus agotados generadores están ya demasiado débiles como para enviar mensajes al pequeño planeta Tierra, que se encuentra a millones de kilómetros de distancia.

Es cierto, sus señales han cesado; y, sin embargo, continuamos recibiendo mensajes, los mensajes eternos, los mensajes de Dios, que nos llegan desde el mismo

Centro de Control Maestro de todo el universo, desde el trono de Dios.

El viaje del Voyager II me impresionó profundamente, porque me habla, no solamente de extraordinarios logros humanos innegables, sino de algo más. Mucho más. Permíteme invitarte a extraer conmigo algunas reflexiones de ese viaje al espacio.

En primer lugar, es impresionante comprobar lo que el hombre puede hacer. Sí, el Voyager II fue un logro extraordinario. ¿Sabes? Ese viaje tuvo un comienzo poco auspicioso, porque a poco de comenzar su vuelo, su computadora sufrió un “vértigo robótico”, y pareció no saber hacia dónde dirigir la nave. Luego falló uno de los circuitos, destruyendo parte de la memoria. Siguieron a esto dos serios problemas que afectaron aún más su funcionamiento: la falla de uno de los radioreceptores y un atascamiento de la plataforma de la cámara. No fue sin razón que, al acercarse el vehículo espacial a Neptuno, un periodista describiera el módulo como “artrítico, casi sordo, y afectado de senilidad”.

De alguna manera, al final, todo funcionó bien, al punto de que al llegar a las cercanías del planeta, después de seguir una trayectoria de seis mil millones de kilómetros, cuidadosamente diseñada por una sofisticada computadora con años de anticipación, se comprobó que se había desviado apenas unos 35 kilómetros de su ruta. ¡El equivalente cósmico de embocar una pelota de golf en el hoyo después de lanzarla desde una distancia de 3.600 kilómetros!

¿Cuánto combustible fue necesario para enviar al Voyager II a semejante distancia? El secreto estuvo en los campos gravitacionales de los planetas cerca de los cuales fue pasando. Cada uno de estos campos lo tomaba y lo

lanzaba hacia el planeta siguiente a velocidades cada vez mayores, al punto de que al acercarse a Neptuno, navegaba en el espacio a la increíble velocidad de 97.600 kilómetros por hora. Esos impulsos gravitacionales redujeron el viaje que normalmente habría requerido 32 años a tan sólo 12 años de duración.

Las fotografías de esa hermosa esfera enviadas por el Voyager II también representaron un milagro, porque Neptuno recibe solamente una milésima parte de la luz solar que recibe la Tierra. Eso determinó exposiciones de 15 segundos de duración, lo que a la velocidad de 97.600 kilómetros por hora representó una fantástica hazaña tecnológica.

Las cámaras de televisión tenían que tomar vistas panorámicas para evitar que el astro apareciera borroso en ellas, lo que demandó ir ajustando su posición mediante la plataforma giratoria que sostenía las cámaras. Esto fue lo que hizo posible que las fotos fueran perfectas. ¿Te imaginas lo que requirió manejar ese complejo equipo desde una distancia de millones de kilómetros?

Sí, debemos otorgar tributo a los hombres y mujeres que hicieron posible la realidad de ese sueño de explorar el espacio. El viaje del Voyager II es un monumento a la visión científica y a la tecnología humanas.

Pero, en la atmósfera de alabanzas y felicitaciones por el logro humano, ¿no corremos a veces el riesgo de olvidar al Poder que creó a esos planetas y los colocó en sus órbitas perfectas?

Pensemos en esto por un momento. El Voyager II fue un logro humano rayano en lo increíble, no lo negamos. No obstante, fue mucho mayor el de colocar en órbita esos inmensos planetas, milenios antes de que nuestros antepasados soñaran siquiera con volar.

Es probable que hayamos leído acerca de las diversas teorías que se fueron sugiriendo durante el viaje del Voyager, en otros tantos intentos por contestar inquietantes preguntas. ¿Cómo se formaron esos planetas? ¿Cómo se colocaron uno a uno en esas órbitas perfectas en que realizan sus revoluciones alrededor del sol? ¿Cuáles son las fuerzas que los mantienen en sus órbitas mientras se desplazan a esas increíbles velocidades?

¿Y qué decir acerca de las lunas? ¿Cómo y cuándo se formaron? Los científicos quedaron muy asombrados al descubrir nuevas lunas en estos planetas, tales como las 52 lunas de Júpiter y las 8 de Neptuno, muchas más de las que alguna vez hubieran imaginado. ¿Quién las puso allí?

Más allá de nuestro sistema solar se abre la inconmensurable vastedad del espacio infinito. Al referirnos a ella ya no alcanza hablar de miles de millones de kilómetros. El viaje del Voyager II a la velocidad de 97.600 kilómetros por hora, fue relativamente corto, ya que apenas alcanzó a rozar una esquinita, por así decirlo, del universo. Pero el Voyager continúa su viaje. Los científicos predicen que dentro de 42.000 años pasará por las proximidades de la estrella Ross 248, y que dentro de 296.000 años podría estar a mas o menos 4 años-luz de Sirio, la brillante estrella de la constelación del Can Mayor, la estrella más brillante de nuestro cielo nocturno, después del sol. ¡296.000 años, desplazándose a 97.600 kilómetros por hora, sólo para asomarse al vecindario de una de las estrellas más cercanas!

La pregunta se impone: ¿Quién creó todo esto? Amigo y amiga, cuando oigas de teorías que juegan con millones de años o con explosiones galácticas como explicación del origen del universo, y de lunas que fueron originadas por OVNIS o por marcianos suicidas, permíteme sugerirte que

busques la verdad en otra fuente, en ese antiguo libro que registra la bondadosa e infalible revelación divina, la Biblia. La humanidad, es cierto, ha entrado en un nuevo siglo de logros científicos, pero la sonora verdad de la primera página de este libro permanece intacta: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1).

No podría habérselo dicho con mayor claridad. Fue Dios quien lo creó todo. Todos los planetas del sistema solar, irresponsablemente designados con nombres de divinidades paganas, como Mercurio, Júpiter, Neptuno, etc., fueron creados por la poderosa palabra de nuestro Dios. Tan sólo unos pocos versículos más adelante, esta misma solemne verdad es repetida en forma más específica todavía: “He hizo Dios las grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas” (Génesis 1:16).

Los extraordinarios milagros humanos relacionados con la investigación y la exploración sirven tan sólo para exaltar el milagro más grandioso de la historia: la creación tal como la describe el Génesis. Este maravilloso universo, con sus estrellas, constelaciones y galaxias, cuyo tamaño se mide no ya en millones ni billones de kilómetros, sino en años-luz, demanda un Creador. Y el viaje del Voyager II es un rayito de luz que ilumina y respalda la verdad contenida en el Libro del Creador: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmos 19:1).

Es bien sabido que nuestra confianza en una persona aumenta a medida que comprobamos lo que es capaz de realizar. Al ver lo que Dios ha hecho mediante su poder creador, ¿aumenta nuestra fe en él? ¿Sentimos que podemos confiar más en él?

Fue él quien colocó todos esos planetas en su lugar y en perfecto orden ¿No podría él hacer lo mismo en nuestras vidas? Es él quien mantiene un equilibrio perfecto en todo el universo, haciendo todo de tal manera que prevalezcan un orden y una belleza armoniosos. ¿No será que podemos confiar en él para que haga lo mismo en nuestra relación diaria con él? Esto es algo en lo que deberíamos meditar.

Sí, si Dios pudo crear ese bellísimo planeta azulado, Neptuno, allá en el espacio remoto, poner en delicado equilibrio sus anillos de hielo, hacer que sus ocho lunas se desplacen con un orden y simetría perfectos, y hacer que todo el sistema se mueva a enorme velocidad en su inmensa órbita de 165 años en torno al sol, debo concluir, y lo creo con todo mi corazón, que puedo confiarle mi vida toda.

¿Sabías que mientras se va adentrando más y más en las profundidades del espacio, el Voyager II está llevando un CD adentro? Se trata de un disco de cobre en el que se registran las instrucciones completas para su operación. Fue idea de algunos astrónomos de la NASA ponerlo en la nave, en la suposición de que en algún rincón del espacio, algún día, algún ser inteligente podría encontrarse con el Voyager II y escuchar nuestro mensaje de paz.

¿Qué es lo que contiene ese CD? Saludos desde la tierra en unos 60 idiomas (¡incluyendo el lenguaje de las ballenas!), sonidos naturales de nuestro planeta tales como truenos, el croar de las ranas, el llanto de un bebé, y hasta un saludo amistoso de quien fuera el presidente de los Estados Unidos en aquel entonces, Jimmy Carter, quien presidió el lanzamiento del Voyager II.

El mensaje de Carter reza así: “Este es un regalo enviado desde un mundo pequeño y distante. Estamos tratando de sobrevivir los azares de nuestra era para poder vivir alguna

vez en la vuestra. Este mensaje representa nuestra esperanza y nuestra determinación, y nuestra buena voluntad hacia este inmenso y solitario universo”.

La verdad es que no se me ocurre quién podría alguna vez recibir este mensaje. Pero lo que sí sé, es que cada noche, cuando salgo al patio de mi casa, aquí en Thousand Oaks, California, y miro hacia el cielo, recibo una señal procedente de la vasta bóveda celeste.

Y ese mensaje que desciende titilante hasta donde estoy, me llega a mí y a todo el que quiera recibirlo en forma perfectamente clara. Dios, el Diseñador del universo, continúa en los controles. Todavía guía a Neptuno y a todos los demás planetas en sus órbitas; y con especial ternura sostiene a este pequeño y maltrecho planeta en la palma de su mano. Todavía tiene planes para este mundo que le resulta tan especial. Y yo me alegro de que sea así.

Es por eso que aprecio tanto el cuadro del artista Harry Anderson, que tengo en mi escritorio, que lleva el título, “*El mundo en sus manos*”. Lo considero un mensaje invaluable, que llega directamente del cielo a mi hogar y a mi corazón.

El Voyager II me hace recordar otro milagro que experimentamos cada día. Hace un momento hice referencia a las débiles señales de radio que, atravesando millones de kilómetros de espacio, penetraron nuestra atmósfera y fueron captadas por esa cadena mundial de enormes antenas esparcidas por todo el globo terráqueo. Eran señales tan débiles que su potencia era de tan sólo una veinte mil millonésima de lo que se necesita para hacer funcionar un reloj digital de pulsera. ¿Sabías tú que, aún desplazándose a la velocidad de la luz, esa minúscula señal necesitó más de cuatro horas para hacer ese viaje relativamente corto? Y mes tras mes esa señal se fue

haciendo progresivamente más y más débil, hasta que el Voyager II desapareció silenciosamente, envuelto en las tinieblas impenetrables del espacio sin fin, fuera ya de nuestro alcance.

Sin embargo, cuando tú y yo, mañana tras mañana, doblamos nuestras rodillas y enviamos mensajes a nuestro Padre Celestial, esas señales le llegan inmediatamente. Viajan mucho más lejos y más rápido que la velocidad de la luz, y sin embargo no se pierden en el espacio, sino que llegan a Dios claras como el cristal. Esas antenas divinas celestiales funcionan perfectamente las 24 horas del día, y perciben con nitidez la oración más débil que susurren labios humanos. Honestamente ¿no es esto algo realmente maravilloso?

Y las señales que él nos envía a ti y a mí, desde una distancia mucho mayor que los cinco mil millones de kilómetros que nos separan de Neptuno, nos llegan claras como el repicar de una campana. La Biblia, la Palabra de Dios, me envía mañana tras mañana, mensajes tan claros y tan frescos como cuando fueron escritos en los antiguos pergaminos.

Los mensajes de Dios nos llegan mediante su Palabra, mediante sus siervos los profetas, y mediante los suaves toques y orientaciones del Espíritu Santo. Y también, como lo venimos viendo, mediante el libro de la naturaleza.

Me siento tan agradecido a Dios por el sistema de comunicación del cielo, el cual sobrepasa en mucho las mayores maravillas de la NASA ¿Recuerdas aquella oración fervorosa que, hace muchos siglos, elevó el profeta Daniel?

¿Cuánto demoró su mensaje en llegar a destino?
¿Cuánto demoró la respuesta divina en llegar?

“Aún estaba hablando y orando, y confesando mi

pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde” (Daniel 9: 20, 21).

Daniel nos dice que estando aún en oración, el ángel Gabriel se puso a su lado trayéndole la respuesta. Exactamente lo mismo puede ocurrir con nosotros. Nuestra comunicación con el trono del universo viaja a velocidades celestiales en ambas direcciones. Jamás se pierde o se desvanese un mensaje.

¿Has orado recientemente, para luego temer que tus baterías espirituales se hubieran agotado? ¿O que tus señales de angustia sean demasiado débiles como para llegar al cielo?

Si así fuera, ¡ten ánimo! Dios promete escuchar y contestar, porque así lo prometió: “Jehová oirá cuando yo a él clamare” (Salmo 4:3).

Tal vez te resulte difícil creer en esa promesa. Tal vez te parece que Dios está demasiado ocupado con la inmensidad del espacio y con los billones de astros, constelaciones y galaxias, y te preguntas, ¿será posible que atendiendo la multiplicidad de cuidados de todo su enorme universo aún podría quedarle tiempo como para pensar en mí? ¿Será que se interesa por alguien tan pequeño e insignificante como lo somos tú y yo?

Para estas inquietantes preguntas la Biblia nos proporciona una consoladora respuesta: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aún vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Mateo 10:29-31).

¿No es todo esto algo realmente increíble? Dios es tan grande, tan inmensamente poderoso, que no sólo es capaz de controlar todo lo que ocurre en el espacio infinito, sino que aún tiene tiempo para conocernos íntima y personalmente. De hecho, él conoce hasta el átomo más pequeño de nuestro ser.

Pero volvamos ahora por un momento al pequeño Voyager II, mientras continúa adentrándose en la oscuridad y el silencio del espacio. Empequeñecido ante el tamaño de los planetas en cuyas vecindades pasó, ya hace años que avanza velozmente por esa inmensa oscuridad, donde las distancias se miden con los parámetros inconcebiblemente grandes de los años-luz.

¡Es tan oscuro allá arriba! tan solitario. Aún desplazándose a esa gran velocidad de 97.600 kilómetros por hora, no encuentra nada más que silencio y el vacío. Pero no todas las cosas son así en el vasto universo de Dios.

En un lugar allá arriba, querido amigo y amiga, muy arriba, hay una ciudad. Una ciudad real y verdadera. Una ciudad brillantemente iluminada. No la habitan criaturas extrañas y misteriosas, como las que inventa Hollywood, sino gente real, seres que pertenecen a la familia de Dios. Jesús está allá. Dios está allá. Hay muchos ángeles allá, y también seres humanos transformados como Enoc, Elías y Moisés. Y, sin embargo, esa ciudad todavía está vacía, a la espera de quienes serán sus bienaventurados habitantes.

Es cierto, sus ciudadanos todavía estamos sobre este minúsculo planeta, el planeta llamado Tierra, muy lejos de aquel lugar. Sí, tú y yo estamos todavía aquí. Pero un día, muy pronto, podremos hacer ese viaje, ese inolvidable viaje a través de las maravillas del espacio, hacia la ciudad de Dios.

Imaginemos por un momento ese viaje. Millones y más millones de kilómetros viajando a una velocidad que los inventores del Voyager jamás imaginaron como posible. Jesús y sus amigos atravesaremos el sistema solar y avanzaremos raudos por el espacio dejando atrás estrellas cercanas y lejanas, para finalmente detenernos frente al majestuoso pórtico que se abre hacia esa ciudad espacial, la ciudad de Dios.

¿Pero no es todo esto algo sencillamente increíble? No, porque Jesucristo lo prometió y él nunca falló en el cumplimiento de sus promesas. Es más. Su anhelo es conducirnos en ese viaje lo antes posible. Sí, él anhela llevarnos a la morada de su Padre. Yo estoy haciendo planes definidos de participar de ese viaje. ¿Y tú? ¿Has aceptado a Jesús como tu Salvador, como tu Amigo, y como tu Piloto para ese grandioso viaje por el espacio?

Si no lo hiciste todavía, ¿por qué no lo haces ahora? ¿Qué es lo que te detiene?

Padre eterno, nuestros corazones han sido conmovidos al abrir nuevas páginas y nuevas puertas que nos revelan más acerca de tu universo y de tu poder creador. Las bellezas de Neptuno y de todos los otros planetas, tus creaciones esparcidas por los confines del universo, nos hablan de tu poder y de tu amor. Hoy queremos agradecerte por el interés que tienes en este insignificante planeta, nuestra tierra, y también por tu interés en cada uno de nosotros. Hoy seguimos esperando ese grandioso viaje a través del espacio, con la plena certeza que muy pronto iremos a morar contigo a la gran ciudad que has preparado. Ven pronto, Señor Jesús. Te lo rogamos. Amén.



El fascinante secreto de la montaña

El único camino que conduce a Dios

Encontraron a Juanita en la cumbre de una remota montaña de los Andes, a 6.000 metros de altura. Estaba acurrucada en posición fetal y envuelta en un paño fino de lana de color pardo, con rayas claras. Juanita tenía suaves cabellos de color castaño y pómulos salientes, y su cuerpecito estaba perfectamente conservado en el hielo.

¿Por qué murió esa niña de apenas 13 años de edad en la cima de aquella aislada montaña? ¿Cómo pudo llegar a esa cumbre tan elevada? ¿Y por qué fue sepultada en el hielo? Las respuestas a estos interrogantes nos conducen al profundo misterio del corazón humano en su búsqueda de Dios.

En el verano de 1995, Johan Reinhard emprendió un viaje de reconocimiento después de la erupción de un volcán peruano que había estado arrojando cenizas

candentes a algunas montañas contiguas cubiertas de hielo. Este antropólogo pensó que esa podría ser una oportunidad excelente de encontrar restos arqueológicos de las grandes civilizaciones incaicas en esas cumbres heladas de los Andes. Así llegó a la cumbre del Ampato, donde observó sorprendido que el calor de la erupción había derretido todo el hielo y la nieve. Allí observó algunas plumas que sobresalían de la angosta cresta, y pudo verificar que las mismas eran parte de los adornos de una pequeña estatua incaica.

Mirando a su alrededor vio a corta distancia, ladera abajo, algo que llamó su atención. Descendió apresuradamente e hizo un descubrimiento singular: El cuerpo congelado y perfectamente conservado de una niña inca. El mismo había caído de la cima cuando la nieve se derritió alrededor de su tumba helada.

Johan examinó ese ataúd de 500 años de antigüedad cubierto de hielo y en cuyo interior estaba el cadáver de una niña a la que dio en llamar "Juanita". En los alrededores encontró fragmentos de cerámica, trozos de madera, pedazos de hueso y restos de comida. Comprendió que lo que había descubierto eran evidencias de una ofrenda ritual, de un sacrificio humano. La niña había sido muerta por sacerdotes incas con el propósito de apaciguar a los dioses, especialmente al dios de la montaña.

Caía ya la tarde cuando Johan empezó a quitar cuidadosamente el hielo que todavía envolvía a Juanita. Había estado encerrada en ese abrazo helado, como incrustada en el hielo de la montaña, en sacrificio por no menos de cinco siglos.

Juanita proporcionó a los arqueólogos nuevas evidencias acerca de la cultura incaica. En otras cimas de los Andes se habían encontrado también otras momias de

niños sin defecto, todos ellos ofrecidos como sacrificio al dios de la montaña.

De acuerdo a la interpretación ofrecida por Reinhard, unos 500 años antes un volcán había entrado en erupción en las cercanías del Ampato. Sus erupciones estaban contaminando las fuentes de agua de los incas y cubriendo sus cultivos con cenizas. Esa habría sido la razón por la cual Juanita fue llevada a esa cima cuyo hielo había sido derretido por la misma erupción. Probablemente le habrían administrado drogas para adormecerla antes de enterrarla viva en sacrificio. Es que algo tenía que hacerse para apaciguar a la montaña enojada y apagar así el fuego de su vientre.

Nos resulta muy difícil hoy imaginar el sacrificio de una niña de 13 años de edad a una montaña. Pensamos estar en mejores condiciones de comprender las cosas. Y, sin embargo, esa pequeña Juanita, congelada por todos esos años en la cima cubierta de hielo de una montaña, ilustra un dilema: la lucha que nos involucra a todos, nos demos cuenta de ello o no. Luchamos con sentimientos de culpa y nos planteamos interrogantes acerca de Dios. Las circunstancias de la vida pueden llevarnos, confundidos, a preguntarnos si estamos bajo la maldición o la bendición de Dios.

A veces asentimos con nuestras cabezas cuando se nos dice que nuestro Padre Celestial nos ama, pero en otras ocasiones sentimos que una gran distancia nos separa de un Dios de absoluta santidad. Es que cuanto más nos acercamos al Soberano Todopoderoso, más inseguros nos sentimos de nuestra propia dignidad.

Hoy la gente no sacrifica niños para percibir mejor a Dios o para acercarse más a él. Y, sin embargo, hacemos toda clase de cosas para tratar de hacernos merecedores

de sus bendiciones. Para ello tenemos nuestros rituales. Tenemos nuestras compulsiones. Y así, tratamos de expiar nuestros pecados por medio de nuestras buenas obras.

A veces se nos parece todo como una gran montaña que estamos tratando de escalar. Cuanto más tratamos de ser como Dios, o como Jesús, tanto más resbaladiza se nos hace la cuesta, y tanto más comprendemos cuán débiles y egoístas somos en realidad.

Pero las buenas nuevas del evangelio testifican que Dios mismo tomó la iniciativa en la solución de este problema humano fundamental. El apóstol San Pablo, en su carta a los Efesios, se refiere al enajenamiento, al alejamiento que experimentan la mayoría de las personas. Habla así de seres humanos, “sin esperanza y sin Dios en el mundo”. En ese contexto tan humano hace una declaración poderosa que nos lleva a entender la esencia del evangelio: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2:13).

La sangre de Cristo nos acerca a Dios. El sacrificio de Cristo en la cruz hace posible nuestra reconciliación con Dios. Esta es la solución divina. Es probable que hayas escuchado esto antes, pero también lo es que tengas preguntas acerca de la muerte de Jesús en la cruz, acerca de la expiación, como también se la llama.

¿Por qué tuvo que morir? Porque después de todo, si Dios en realidad nos ama, ¿por qué no pudo sencillamente perdonarnos, y punto final? ¿Por qué fue necesario ese horroroso derramamiento de sangre? ¿Tuvo Jesús que darse a sí mismo en la cruz para aplacar a un Dios santo e iracundo? ¿Es Jesús el misericordioso, y Dios el Padre el que está enojado? Son preguntas trascendentales. Son importantes porque la cruz está en el centro mismo de

la fe cristiana. Creo que, si realmente entendiéramos la cruz, no nos involucraríamos en mucho del ritual que caracteriza tantas vidas religiosas. No participaríamos en mucha conducta compulsiva. No sentiríamos la perentoria necesidad de tratar de seguir escalando esa inmensa montaña.

En breve, la cruz de Cristo es la forma como sacamos a Juanita de la cima de la montaña. Podemos dar término a todos esos sacrificios inútiles, a todos esos esfuerzos humanos para apaciguar a Dios, para sentirnos aceptados, si realmente captamos lo que ocurrió en la cruz.

Volvamos ahora a la pregunta: “¿Por qué tuvo que morir Jesús?” Tal vez la mejor explicación se encuentra en la epístola a los Romanos, carta en la que Pablo presenta en forma magistral la doctrina de la justificación por la fe en Cristo, explicando cómo los seres humanos pecaminosos pueden ser aceptado por un Dios santo. Los primeros dos capítulos de Romanos enfocan la ley, el juicio, y la ira de Dios.

Nuestro alejamiento de Dios no es solamente un sentimiento, no es algo con lo cual simplemente tenemos que acostumbrarnos a vivir. El apóstol Pablo va directamente al mismo centro, a la esencia de la cuestión, a la innegable realidad: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Pecado es más de lo que hacemos o dejamos de hacer, es lo que somos, es nuestra naturaleza desde el momento de nacer. Hemos transgredido la ley de Dios, y merecemos la muerte eterna. En otras palabras, nacemos con un certificado de defunción pendiente sobre nuestras cabezas. Esto es algo que Dios no puede cambiar en forma arbitraria. El no puede tratar al pecado livianamente, y todavía seguir siendo Dios.

Es por eso que Jesús nos invita a nacer de nuevo, a una nueva naturaleza, a fin de vivir para siempre. Por nosotros mismos no podemos cumplir esa ley que hemos quebrantado. No podemos resolver nuestro problema sencillamente tratando de ser suficientemente buenos, siguiendo todas las reglas, haciendo todo lo que es correcto. Es que no podemos escalar esa montaña. Siempre nos encontraremos con una distancia mayor por delante. Ese es nuestro problema. Fracasamos repetidamente en alcanzar esa cima de la ley de Dios.

Ése es el dilema de Dios: cómo ser un Dios justo y, sin embargo, rescatar a seres humanos pecadores. ¿Cómo puede sostener su ley moral eterna, y al mismo tiempo acoger en su familia a los infractores de esa ley? En un universo justo, en un universo equitativo, la malignidad del pecado tiene que resultar en la muerte. Pero Dios no quiere que perezca ninguno de sus débiles y pecaminosos hijos e hijas. Este es el dilema de Dios en relación con la tragedia del pecado humano.

Pero el mensaje luminoso de la Biblia proclama que Dios creó una solución para este dilema, que él encontró una forma de ser al mismo tiempo justo y el justificador de quienes fracasan en alcanzar la ley de Dios. Pablo la explica con estas palabras:

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por

alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:21-26).

¿Qué quiere decir todo esto? Que los seres humanos necesitamos justicia para ser aceptados por un Dios santo. No la tenemos, ni la podemos obtener por nosotros mismos. Pero Dios decidió crear una justicia, una rectitud diferentes. Una justicia que puede ser transferida. Él se hizo humano en la persona de Jesucristo. Vivió una vida perfecta. Cumplió los requerimientos de la ley. Y entonces entregó esa vida perfecta en la cruz. Su sangre fue vertida por nosotros al manar de su cuerpo. Cristo aceptó el castigo del pecado, la muerte que es siempre consecuencia del pecado, y ahora ofrece gratuitamente su justicia a todos los que colocan su fe en él.

Así es como Jesús se convirtió en nuestro sustituto en la cruz, él tomó nuestro lugar. Él recibió lo que nosotros merecemos para que nosotros pudiéramos recibir lo que él merece. Pablo lo dice en forma muy clara. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Los débiles seres humanos pueden ser aceptados por Dios en Cristo. Nos unimos a él por medio de la fe, unidos al amado Hijo. Así es como Dios nos reconcilia a sí mismo. Su gran amor lo impulsó a tomar nuestro lugar, absorbiendo los horribles resultados del pecado. Ahora nos ofrece su justicia como un regalo. Esa es la única forma como él podía armonizar las demandas de su justicia y la magnitud de su misericordia. Esa es la única forma como nos puede salvar.

Déjame ahora contarte acerca de dos jovencitos que hicieron algo extraordinario en las selvas del Ecuador.

Esteban y Kathy Saint viajaron a Sudamérica durante una vacación escolar. Fueron a un lugar muy especial en las márgenes de un río muy especial.

Esteban y Kathy habían decidido aceptar a Cristo, y ser bautizados siguiendo el ejemplo de Jesucristo. Recorrieron una gran distancia porque querían que un hombre llamado Kimo realizase la ceremonia.

De pie sobre un banco de arena en el río, Kimo pronunció unas pocas palabras acerca del significado del bautismo. Habló acerca de cómo somos sepultados y resucitados con Cristo en las aguas del bautismo y de cómo llegamos a identificarnos con Cristo. Acto seguido Kimo condujo a Esteban y a Kathy a las aguas del río hasta que las mismas les dieron a la cintura. Levantó su mano sobre la cabeza de Esteban y pronunció la conocida fórmula bautismal: “Te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

Desde un punto de vista humano Kimo sería la última persona en el mundo que esperaríamos ver presidiendo en un bautismo; la última persona en el mundo que esperaríamos que estos dos jovencitos en particular hubieran querido que los bautice. Es que la mano que se elevaría sobre Esteban y Kathy, era la misma que una vez había estado levantada en ira. Esa mano había tomado una lanza, y este mismo hombre, Kimo, con esa lanza había matado al padre de Esteban y Kathy mientras que él le rogaba por su vida.

Las cosas habían ocurrido de esta manera. Nate Saint formaba parte de un grupo de jóvenes misioneros que había aceptado el desafío de llegar hasta la aislada tribu de los Aucas en el Ecuador. Esos jóvenes querían compartir el evangelio con estos indios que habían sido desechados por otros por ser hostiles cazadores de cabezas.

Muchos años antes los siringeros o buscadores de caucho, habían invadido las tierras de los aucas. En busca de esa riqueza natural habían saqueado, quemado, y dado muerte a los indios. Como resultado, los aucas habían desarrollado una profunda desconfianza y un gran temor hacia aquellos intrusos, constituyéndose en una sociedad muy cerrada.

Ahora Nate y sus amigos empezaron a volar sobre el territorio auca y a dejar caer pequeños regalos. Eventualmente recibieron algunos saludos que interpretaron como amistosos, y decidieron arriesgarse y tener un encuentro cercano con esos indios.

Los cinco misioneros aterrizaron en un largo banco de arena en el río principal del territorio auca, descendieron de su avión e hicieron señales amistosas hacia el grupo de aucas que se les iba acercando.

Pero las sospechas de los aucas eran sumamente intensas. Esos indios cazadores, armados con lanzas, arcos y flechas matarón a los extranjeros que habían caído repentinamente del cielo. Kimo había sido uno de los jóvenes asesinos. Pero lo realmente extraordinario fue que varias de las viudas de esos misioneros decidieron quedarse en el Ecuador, porque todavía anhelaban alcanzar al pueblo auca.

Eventualmente pudieron hacerse de amigos entre esa gente. Colgaron sus hamacas en las aldeas indígenas y vivieron su perdón cada día.

Kimo fue uno de los primeros en responder al evangelio que ellas compartían. El vio en el sacrificio de Cristo una manera de limpiarse de su culpabilidad. Y en el transcurso de los años llegó a ser un pastor cristiano. Dedicó su vida a predicar el evangelio que tanto le había impactado. Y entonces llegó ese día especial, el día del bautismo de

Esteban y Kathy. Fueron ellos mismos quienes eligieron a Kimo para que fuera el pastor oficiante. Querían que Kimo los bautizara.

Y así fue como Kimo, junto con Esteban y Kathy, descendió a las aguas del río. El mismo río donde el padre de ellos había derramado su sangre, y cerca del mismo banco de arena donde había aterrizado procurando compartir el amor de Cristo con los aborígenes.

Estos dos jovencitos, huérfanos de padre, habían elegido a Kimo para que les extendiera la bienvenida a los brazos del Padre Celestial. Esteban y Kathy ya no veían a Kimo como el asesino de su padre. No veían la crueldad de su pasado. Lo veían como alguien por quien su padre había muerto. Lo veían como alguien rescatado y redimido por Cristo.

Esto es lo que Dios hace. Cuando nos unimos con Cristo, él nos mira a través del sacrificio de su Hijo. No ve la fealdad de nuestro pasado. Sólo ve la bondad de su Hijo amado. Jesús toma nuestro lugar. Jesús es nuestro sustituto.

El Padre nos considera justos porque su Hijo es justo y recto. Esto es lo que tenemos que aceptar por fe. Estas son las buenas nuevas que necesitamos aceptar de corazón. Este es el regalo que nos llega desde la cruz.

No escapamos del castigo del pecado siendo suficientemente buenos. No escapamos de los resultados del pecado invirtiendo mayor esfuerzo, cumpliendo con más ceremonias y ritos religiosos. El regalo de Jesús nos llega sólo por gracia. Sólo nos llega cuando abrimos nuestras manos vacías para recibirlo.

¿Has estado luchando solo para escalar esa gran montaña? ¿Sigues resbalando cuesta abajo cuanto más tratas de acercarte a Dios? Entonces deja de tratar de

hacer sacrificios para ganar méritos delante de Dios. Deja de tratar de edificar tu seguridad sobre tus propias obras. Abandona el inútil intento de tratar de ganar el afecto de Dios y hacerle que te acepte.

Si vienes a Dios para mostrarle cuán bueno eres, si le presentas a Dios todas las obras correctas que has hecho, si miras a tu interior para encontrar la justicia, si contemplas lo que haces para recomendarte delante de Dios . . . entonces sólo verás fealdad. Habrás fracasado porque todas nuestras mejores obras están contaminadas. No importa cuán buenos tratemos de ser, siempre hay por dentro un corazón egoísta y corrupto.

Con un enfoque tal, sólo quedarás atascado en la montaña, congelado para siempre en esa cima como la pequeña Juanita. En lugar de eso, acércate con manos vacías al gran drama de la cruz.

Sí, eso es lo que cuesta el pecado, pero eso es también lo que te demuestra el amor de Dios. Tienes que venir a él bajo sus condiciones. Él las ha establecido muy claramente. Porque esta es la única forma mediante la cual se puede establecer una relación sana y segura con Dios.

Esto es lo más desafiante en la vida cristiana: No labrarnos un camino hacia el cielo por medio de buenas obras, sino renunciar. Renunciar a mis buenas obras, renunciar a mis pecados, renunciar a mi egoísmo, renunciar a mi orgullo, entregarle todo mi ser a él. Es la renuncia de la entrega.

Ven a Jesús. Él te invita desde la cruz. Ven ahora mismo. Jesús te ha estado esperando por mucho tiempo.

Querido Padre, gracias por rescatarnos de la montaña. Gracias por proveer una manera de salir de nuestra larga lucha sin esperanza. Necesitamos tu gracia en nuestras vidas, esa gracia que fluye de la cruz. Venimos a ti con las manos vacías, y hacemos nuestro el único sacrificio que realmente vale algo. Buscamos el perdón y la aceptación en Jesús. Queremos que entres en nuestros corazones como Salvador y Señor. Gracias, Padre. Te pedimos esto en el nombre de Jesús. Amén.



Amor sin límites

Dios siempre tiene la solución

Los padres de Jennifer Wright no discernían solución alguna para el difícil problema que estaban enfrentando. Su hijita había contraído una enfermedad misteriosa. Habían consultado a un especialista tras otro, pero ninguno había podido decirles por qué la pierna y el brazo derecho de su hija seguían hinchándose, alcanzando el doble del tamaño normal.

La pequeña Jennifer había soportado pacientemente los dolorosos exámenes. Su mamá y su papá habían hecho todo lo que pensaron que podría hacerse para reducir la hinchazón, pero sin resultado.

Finalmente, al término de dos años de padecimientos de la pequeña, un pediatra del Hospital de Niños de Denver acertó con el diagnóstico. El problema de salud de Jennifer era muy serio. Sufría de una rara enfermedad, el síndrome de Parkes-Weber. Esa dolencia le había producido edema linfático. Sus extremidades hinchadas

indicaban que el líquido linfático no estaba circulando, y esa acumulación creciente se manifestaba en resultados cada vez más tóxicos.

No se conocía ningún remedio para esta enfermedad. Con el tiempo Jennifer tendría que verse confinada a una silla de ruedas. Otra opción menos auspiciosa aún, podría requerir la amputación de la pierna afectada.

El conocimiento del diagnóstico del facultativo resultó devastador para los Wright. Les era muy difícil ver sufrir a su hija sin poder hacer nada. Pero decidieron hacer todo lo posible para que Jennifer pudiera vivir una vida aceptablemente normal.

Así que la inscribieron en una escuela, donde Jennifer se esforzó al máximo en participar de todas las actividades, a pesar de las burlas de algunos de sus compañeros que insistían en llamarla “pierna gorda”. Hasta en la clase de Educación Física, la niña no cejaba en correr todas las vueltas requeridas, aun cuando en ocasiones debía hacerlo arrastrando su pierna derecha.

Cuando Jennifer cumplió 8 años, comenzaron a producirsele ulceraciones en la pierna. Algo tenía que hacerse, porque si se producía una infección grave, no habría otro recurso que amputarle la pierna.

Los Wright también hicieron arreglos para que su hija pudiera participar de un programa de terapia experimental. Los médicos que lo conducían habían inventado un aparato consistente en una manga o envoltorio sintético que colocaban alrededor del miembro afectado, y una bomba de aire inflaba esa manga para comprimir la pierna y empujar el líquido hacia arriba, sacándolo así de la extremidad. Lamentablemente esta terapia no funcionó con Jennifer. La hinchazón subía del pie al muslo, y allí quedaba.

Lamentando su fracaso, los médicos les explicaron que eso era lo mejor que la ciencia médica podía hacer, y advirtieron a los padres de Jennifer que sería mejor que se fueran preparando para lo peor, la eventual amputación de esa pierna.

Pero hubo un hombre que sintió que no podía aceptar ese pronóstico como definitivo. Ese hombre era Edward Wright, el abuelo de Jennifer. Era su convicción que debía y podía encontrarse alguna solución. Cada vez que visitaba a su nietita, quedaba con el corazón adolorido al ver esa pierna hinchada que sobresalía del vestido.

Así que el abuelo Wright, un gerente industrial ya jubilado, empezó a experimentar en el sótano de su casa con máquinas bombeadoras.

Edward ya había sufrido dos ataques de corazón. Su esposa le recordaba constantemente que no debía excederse. Pero muchas veces ella se despertaba tarde en la noche y se encontraba con que él seguía en el sótano realizando sus experimentos. Es que el abuelo se había hecho a sí mismo una firme promesa: “Con la ayuda de Dios, algo tengo que hacer para aliviar a mi nietita”.

¿Sabes? Eso es exactamente lo que hace el verdadero amor. Se empeña en encontrar la manera de ayudar. No puede estarse quieto mientras alguien padece sufrimiento. Y esa es la clase de amor que Dios nos mostró. Sí, Dios encontró la manera de ayudar a un mundo perdido en su rebelión. Permíteme decirte cómo fue que lo hizo.

Todos estamos sufriendo una versión espiritual del síndrome de Jennifer. Hemos acumulado el veneno del pecado en nuestras vidas. Luchamos contra la ira y el resentimiento. Luchamos una batalla contra nuestros malos hábitos, batalla perdida de antemano. Y así terminamos hiriendo a los que más amamos. Nos sentíamos perseguidos

por palabras que hemos dejado de decir, y por acciones que dejamos sin hacer.

Sí, estos son los remordimientos más comunes. Generalmente no son pecados enormes los que nos atormentan. Pero la culpabilidad sigue acumulándose. El remordimiento va en aumento hasta ocasionar un estado de impotencia. Sencillamente sentimos que no podemos alcanzar el perdón para lavar y limpiar nuestro interior. No podemos encontrar la gracia que abre el portal a un nuevo comienzo.

Quizás ya hayamos probado toda clase de soluciones humanas. Hemos estado yendo de un “especialista” religioso a otro. Es que la gente tiene toda clase de teorías. Prescribe toda clase de terapias. Pero la hinchazón continúa. Todos esos métodos no pueden eliminar la culpabilidad, no capacitan para solucionar el problema.

Podría ser que tú te estuvieras sintiendo así, derrotado y frustrado. Pero nuestro Padre Celestial no se quedó quieto, limitándose a contemplar con pena la triste situación en la que se encontraba la humanidad. Él se sentía apesadumbrado por lo que estaba pasando. Sintió que debía hacer algo, y lo hizo. La solución que Dios encontró fue muy dramática. Le imponía absorber los efectos tóxicos del pecado en su propio cuerpo, y para lograrlo se ofreció a sí mismo en sacrificio.

El apóstol Pedro describe esa solución divina al problema humano. Describe al Cristo sufriente, quien debió soportar todo lo que el hombre pudo hacerle, incluso ser clavado sobre una cruz, sin insultar, sin amenazar: “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1Pedro 2:24).

Lo hizo porque a su alrededor contemplaba el lúgubre cuadro de una humanidad herida, sangrante, y condenada a morir. Porque podía ver las víctimas de la guerra. No, no era ésa una guerra visible, sino la guerra interna contra el orgullo y el egoísmo del yo. La guerra que produce una inmisericorde desintegración interna de la personalidad. Contemplaba apenado cómo la crueldad, la indiferencia y el egoísmo estaban lisiando a hombres, mujeres y niños en todo ámbito del planeta. Los veía sangrar hasta morir. Solamente una transfusión de sangre podía salvarlos.

Jesús eligió entregar su vida sobre aquel monte llamado Gólgota, y derramar allí su preciosa sangre. Y mediante ese acto maravilloso, demostró el alcance total de su amor. “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5: 7,8).

Cristo murió por los indiferentes, murió por los crueles, y también dio su vida por los antipáticos y los burladores. Al entregar su vida para que lo clavaran en la cruz, exhibió el alcance total de su amor.

Cristo estuvo dispuesto a enfrentar el terror de la separación definitiva de su Padre Celestial. Estuvo dispuesto a soportar el mismo infierno del apocalíptico lago de fuego y azufre. Estuvo dispuesto a ser abandonado por Dios y por los hombres. Y eso lo agobió, lo agobió tanto que de sus labios escapó un gemido: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Cristo no alcanzaba a discernir la gloriosa culminación de su sacrificio. No podía ver nada más allá de la tumba. No podía anticipar la resurrección. Sólo podía ver la oscuridad del pecado humano que lo rodeaba. Pero, a

pesar de todo no trepidó, sino que avanzando con decisión inquebrantable, entregó su vida.

Permíteme preguntarte: ¿Entiendes lo que significa para ti, personalmente, el sacrificio de Cristo en la cruz? ¿Alcanzas a discernir la altura y la profundidad de su amor? La cruz es un símbolo muy conocido en nuestros días; pero el sacrificio de Cristo ha sido envuelto en tantas capas de teología y de tradición, que hoy es casi invisible para muchos. Lo miran, pero no lo ven. Piensan que lo ven. Pero no lo discernen en su verdadero valor. Al profesar que lo aceptan, lo único que expresan es una mera declaración verbal, que suena vacía.

Quisiera animarte a que hoy contemples la cruz como si fuera la primera vez. La cruz necesita grabarse en tu entendimiento, porque lo que ocurrió sobre ella es algo que Dios hizo por ti. La cruz tiene vida y es activa, tal como es la Palabra de Dios. Es un arma que Dios mantiene en sus manos con el propósito de usarla con poder. Está diseñada para penetrar tu corazón. Está diseñada para revelar el amor de Dios y cambiar tu vida.

La cruz de Cristo no es solamente una creencia religiosa que tú corroboras con una declaración como si fuera tu firma: “Acepto, estoy perdonado, y aquí está mi firma; y ya está”. Es mucho más que eso. Es la forma mediante la cual Dios coloca en tu corazón la certeza de que eres amado.

Una huerfanita de ocho años que vivía en un orfanatorio en Vietnam, cierto día despertó luego de una cirugía reparatoria, que le habían practicado para corregir las heridas causadas por una bomba que había caído sobre la institución. Al abrir sus ojos vio a sus compañeritos arremolinándose alrededor de la cama. Atropellándose para decírsele, le contaron como Heng, un muchachito tímido que estaba parado contra la pared, al fondo del

cuarto, le había dado su sangre. Gracias a él era que ella todavía estaba viva. Heng había estado dispuesto a darle su vida. En ese momento la niña huérfana percibió claramente lo que significaba ser amada, lo que significaba ser valorada. Ahora tenía algo para atesorar en su corazón, que nadie, nadie, podría quitarle alguna vez. No tenía ni madre ni padre, es cierto, pero había sido alcanzada por un gran amor. Amigo y amiga, Dios también quiere alcanzarte con su gran amor.

Hubo otra niña, una niña llamada Jennifer, que también entendió lo que significa ser amada profundamente. Llegó a comprender cuánto la quería su abuelo. ¿Cómo ocurrieron las cosas? Unos pocos meses después de que Edward Wright completara la construcción de su máquina de bombear, se le produjo una hemorragia en el ojo derecho. Como ya tenía problemas en su otro ojo, esa hemorragia lo dejó legalmente ciego. Su cuerpo había tenido que soportar más de lo que podía. Sacrificando el descanso y el sueño, y motivado por el profundo amor que sentía hacia su sufriente nietita, trabajó sin medir sus fuerzas hasta lograr la solución al problema de ella. Y sí hubo una solución, fue porque el amor la encontró.

Sonia la mamá de Jennifer, lo expresó así: “Era casi como si, con solamente su fuerza de voluntad, el abuelo hubiera evitado la ceguera hasta que pudo terminar la máquina”.

Jennifer siempre había disfrutado de la compañía de su abuelo. Pero ahora, comenzó a pasar más tiempo con él, leyéndole libros o sencillamente conversando. Muchas veces en los atardeceres, se los podía ver caminando por el vecindario. Jennifer siempre llevaba a su abuelo de la mano. La gente podía discernir que lo que los unía era un

vínculo muy profundo, un amor especial que iba mucho más allá de las palabras.

¿Sabes? Hubo alguien que hizo un esfuerzo excepcional para poder regalarte el perdón y la sanidad. Hubo alguien que hizo el sacrificio máximo y lo hizo entregando su vida en forma voluntaria. ¿Estás caminando con él? ¿Tienes tu mano en la suya? ¿Estás respondiendo a su amor? ¿Ha tocado tu vida el amor que hizo posible el derramamiento de la sangre de Cristo en tu favor?

Más de una vez en la vida nos sentimos solos. A veces sentimos como que nadie estuviera dispuesto a ayudarnos, a tendernos una mano. A veces nos sentimos desanimados y aún deprimidos. Si estos sentimientos llegaran a afectarte, mira a la cruz. Sobre ella encontrarás a Uno que te ama. Allí encontrarás a Uno que se preocupa por ti. Allí hay Uno que es tu amigo.

Puedes tener la seguridad de que eres precioso a la vista del Padre. Por eso, y con esa certeza en el corazón, te ruego que aceptes, y que lo hagas ahora mismo, el sacrificio que Jesús realizó por ti en la cruz. ¿Lo harás?

Querido Padre, tu amor es más profundo, más ancho y más fuerte que lo que jamás alcanzaremos a comprender. Y, sin embargo, tú nos das algunos vislumbres de tu misericordia que nos llevan a cambiar nuestras vidas. Por favor, te pedimos que ahora mismo entres en nuestros corazones con el mensaje de la cruz. Ayúdanos a saber y aceptar, sin albergar ninguna duda, que somos preciosos delante de ti, que somos valorados y aceptado por ti. En el nombre de Jesús, te pedimos tu perdón y te lo agradecemos de todo corazón. Amén.



Promesas de vida

Mensajes de esperanza de la Palabra de Dios

Yo sé que Dios quiere que hable con él en oración porque está escrito...

“Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”. Mateo 7:7, 8

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Filipenses 4:6

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón”. Jeremías 29:11-13

Yo sé que Dios me ama porque está escrito...

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros”. 1 Pedro 5:7

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:16

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Romanos 8:32

Yo sé que Dios me pide que confíe en él porque está escrito...

“Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacientarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón”. Salmos 37:3, 4

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos”. Isaías 26:3, 4

“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”. 2 Timoteo 1:12

Las promesas de Dios me consuelan porque está escrito...

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios”. 2 Corintios 1:3, 4

“Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su

pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho. Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación”. Isaías 25:8, 9

“Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis Consuelo. Y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba; y la mano de Jehová para con sus siervos será conocida, y se enojará contra sus enemigos”. Isaías 66:13, 14

Yo sé que Dios me protege porque está escrito...

“Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria y el que levanta mi cabeza”. Salmos 3:3

“Jehová es mi roca y mi fortaleza, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y el fuerte de mi salvación, mi alto refugio; Salvador mío; de violencia me libraste”. 2 Samuel 22:2, 3

Yo sé que Dios me limpia porque está escrito...

*“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.
1 Juan 1:9*

“Esconde tu rostro de mis pecados, y borra, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”. Salmos 51:9, 10

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”. Isaías 53:5

Yo sé que Dios me da victoria porque está escrito...

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores

por medio de aquel que nos amó”. Romanos 8:35, 37

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”. 1 Juan 5:4

“Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría”. Judas 24

Yo sé que Dios me guía porque está escrito...

“Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda”. Isaías 30:21

“Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre”. Salmos 23:1-3

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”. Juan 16:13

Yo sé que Dios me pide testificar de él porque está escrito...

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”. Hechos 1:8

“Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios”. 1 Juan 4:14, 15

“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. Romanos 10:9, 10

Yo sé que Dios me anima porque está escrito...

“Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas”. Josué 1:9

“Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón”. Salmos 31:24

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Mateo 6:33

Yo sé que Dios está conmigo porque está escrito...

“Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo, Amén”. Mateo 28:20

“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador”. Isaías 43:2, 3

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. Apocalipsis 3:20

Yo sé que Dios preparó el cielo para mí porque está escrito...

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”. Juan 17:24

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. Juan 14:1-3

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que

según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros”. 1 Pedro 1:3, 4

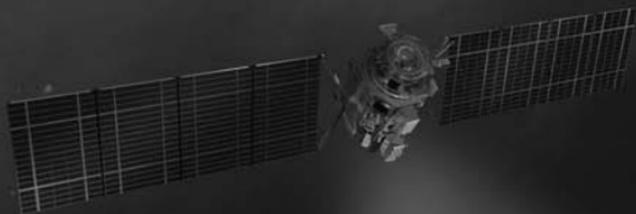
Yo sé que Jesús volverá pronto porque está escrito...

“Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor de la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca”. Lucas 21:25-28

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. Mateo 25:34

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. 1 Tesalonicenses 4:16, 17

¿Sabías que Está Escrito, el programa de televisión en idioma español que cubre todos los continentes, está a tu alcance?



Por más de una década, el programa ha estado tocando las vidas de millones de personas en 138 países con un sólido mensaje de esperanza basado en las Sagradas Escrituras.



ESTÁ ESCRITO

Bajo la dirección del pastor Robert Costa, el nuevo director y orador, Está Escrito continúa abriendo nuevo caminos en evangelismo. Siendo el primer ministerio hispano de la Iglesia Adventista del Séptimo día en proveer los programas gratis a través de video podcast en iTunes.



Para obtener estudios bíblicos gratuitos, o para ver los programas, visítanos en **www.estaescrito.tv**

Descubre las respuestas a las *Preguntas* de la vida

Bibleinfo.com

ofrece respuestas a cientos de preguntas de la vida diaria. Descubre lo que la Biblia dice acerca de tu preguntas. La respuesta está a un sólo clic de distancia. Respuestas bíblicas a cientos de preguntas de la vida en 17 idiomas.



Bibleinfo.com®

<http://es.bibleinfo.com>

Un mensaje iluminado por la Biblia



ESTÁ ESCRITO

- Mensajes televisivos
- Estudios bíblicos
- Pedidos de oración
- Materiales y recursos
- Noticias e informes

Visítanos en
www.estaescrito.tv

*Un ministerio profundamente espiritual
comprometido en comunicar el evangelio al mundo.*